

SALVACION CON UN ROSTRO

Ando Isamu

Introducción Personal

Fui ordenado sacerdote jesuita en 1964, al final del Concilio Vaticano II en Tokyo. Esto ocurrió seis años después de mi llegada a Japón, desde España, como joven escolar. La primera misión que se me asignó fue trabajar en el Instituto Socio-Económico de la Universidad Sophia de la Compañía, (Tokio). En 1966 fui nombrado delegado por la provincia del Comité SELA (Vida Socio-Económica en Asia) que coordinaba y promovía los apostolados sociales en Asia Oriental. En 1968 enseñé Etica de la Economía en la Universidad Sophia. De 1972 a 1980 fui Jefe del Centro de Relaciones Asiáticas en el Instituto Socio-Económico de esa misma Universidad. En 1976 obtuve la ciudadanía japonesa. En 1979 me nombraron miembro del Comité Ejecutivo del recién fundado (Servicio Jesuita a Refugiados) en Asia Oriental. En 1981, la Provincia de Japón abrió un centro social en Tokio y pasé a trabajar allí. A finales de 1983 me nombraron Director del centro. De 1989 a 1991, serví como Secretario Ejecutivo de SELA en la Asistencia EAO. Actualmente soy director del Centro Social de la Compañía y vivo con una pequeña comunidad de seminaristas jesuitas.

Experiencias

Tras la misión de trabajar en la Universidad Sophia me fui a una zona pobre de Tokio donde un jesuita había creado un centro para niños con problemas de salud y un dispensario gratuito para gente necesitada. Mientras estaba allí alquilé un viejo lugar dentro de una comunidad que servía también de sala de encuentro para gente del vecindario y para estudiantes universitarios voluntarios. Aunque no fue fácil ser comprendidos por los jesuitas de nuestra provincia,

unos pocos mostraron interés en ir a vivir con nosotros. El lugar era muy poco espacioso y pobre, y en general estábamos allí viviendo dos o tres. Desde entonces he experimentado que es posible, también en sociedades ricas, vivir sencillamente en lugares que no son nuestros, como hace la gente de a pie. Esto no impide nuestra labor apostólica y uno siente que se viven los valores evangélicos y se acerca más a la gente.

***El conocimiento del Apostolado de Justicia Social
de la Compañía en Asia Oriental***

Cuando trabajé y enseñé en la Universidad me impliqué mucho en los problemas de pobreza y desarrollo, con las burdas violaciones de los derechos en la región de Asia Oriental y empecé una sección asiática dentro del Instituto Socio-Económico para sacar información, que fuera certera, sobre las realidades existentes y ofrecer oportunidades de talleres interesantes y el conocimiento de los problemas a estudiantes y docentes.

Mientras, un grupo de jesuitas de Asia Oriental empezó una nueva organización en red sobre el apostolado social, llamada SELA (Vida Socio-Económica en Asia) y fui nombrado por el Provincial delegado de Japón. Ese equipo jesuita produjo proyectos comunes en la región de Asia Oriental. El cuarto seminario internacional, "Educators' Social Action Workshop" que tuvo lugar en Japón en agosto de 1971, para unos 200 educadores de 11 países asiáticos, me hizo comprender muchas cosas sobre las realidades asiáticas.

***Respuestas de la Compañía a la Tragedia
de las pateras cargadas de gente de Vietnam***

Junto con el equipo de SELA tuve la ocasión de visitar Vietnam durante el último periodo de la guerra americana en dicho país. La visita cambió de manera radical mis actitudes y vida personal. Pocos años después, el flujo de los refugiados de "las pateras" de Vietnam y de los refugiados de Camboya y Laos a Tailandia me apremió a estudiar la situación en campos de refugiados de Asia Oriental con un equipo de Japón. Unos cuantos jesuitas, en su mayoría relacionados con el equipo de SELA, vieron la

necesidad de hacer algo por la gente de Vietnam que había huido de su país en pateras. Fue así que empezó el JRS bajo el liderazgo del Padre General Pedro Arrupe. En un clima de simpatía internacional por esa gente, la Universidad Sophia, donde estaba trabajando empezó programas de educación en el campo de refugiados en Tailandia y creó un nuevo sistema para enviar a estudiantes a un trabajo voluntario allí, bajo el liderazgo del Obispo José Pittau, Presidente de la Universidad, en ese tiempo.

Nuestra oficina en la Universidad decidió que era su prioridad el cooperar con las actividades del JRS en Asia Oriental. Cuando centenares de “pateras” llegaron a orillas de Japón, y al final de los años '70, empezaron a buscar asilo, descubrí la frialdad de la sociedad japonesa hacia ellos. Recuerdo que era ciudadano japonés y las actitudes egoístas de esa sociedad me afectaron muy profundamente, pero al mismo tiempo esto fue para mí un reto porque yo me encontraba en una posición legal privilegiada para hacer oír la voz de refugiados extranjeros que pedían un lugar seguro para sobrevivir. Sabía bien que oficiales de la inmigración no podían abiertamente presionarme de ninguna manera, porque yo era ya ciudadano japonés, y no extranjero con un visado de tres años. Sin embargo, si que me presionaron a través de las autoridades de la Universidad donde enseñaba. Mientras, fue llamado oficialmente como experto por el Comité de Asuntos Extranjeros del Gobierno de Japón, cuando los políticos estaban discutiendo la ratificación de la Convención Internacional sobre Refugiados, de parte de Japón.

Salvación con un rostro

Un día, un joven laosiano en peligro de ser expulsado de Japón llamó a mi despacho en la Universidad. Yo no sabía qué hacer para ayudarlo, pero recuerdo que recé y recé buscando a las personas influyentes que podían ayudar. Su caso se resolvió milagrosamente en poco tiempo y a partir de aquel entonces decenas de jóvenes refugiados y desplazados empezaron a desfilar para pedir consejo y ayuda. Ciudadanos de a pie, algunos profesores y estudiantes universitarios se reunieron como voluntarios; los medios de comunicación empezaron a interesarse por la causa y unos 12 abogados asistieron también como miembros del grupo, proporcionándonos una fuerte imagen de organización profesional capaz de negociar con inmigración. El lobbying político fue una poderosa

herramienta en ese momento para llegar a cambiar las cosas. Hubo éxitos, pero con mucho desgaste de energía y tiempo. El hecho que gente totalmente impotente en Japón fuera aceptada oficialmente fue para muchos motivo de gran alegría. Independientemente de las ideologías y de las creencias, y a pesar de los diversos enfoques religiosos, la compasión y el respeto por la persona humana ganaron la simpatía de la mayoría. Todavía hoy puedo sentir la alegría de decenas de jóvenes refugiados, desesperados, que se encontraron totalmente liberados y reconocidos, por fin, como personas humanas tras largos años de opresión sin ninguna culpa. Por primera vez en mi vida entendí realmente lo que es la “salvación”.

Sin embargo, a pesar de que el clima oficial había cambiado y de una legislación menos rígida para aceptar a los desplazados, ni el sistema y menos aún los oficiales responsables de mantener el status quo, cambiaron mucho. Y mientras cooperadores y voluntarios se cansaron de seguir luchando, pensando ligeramente que los problemas básicos se habían resueltos y que sólo unas pocas personas dedicadas a la causa tenían que seguir casos delicados necesitados de continuo y fuerte apoyo. Esta situación causó decepción y desaliento a todas las partes implicadas.

Al hacerlo perdí mi status ante la sociedad japonesa como persona enlazada con la Universidad, pero gané mucho más en libertad al estar al lado de personas discriminadas

Inauguración del Centro Social Tokio

Al comienzo de los '80 la Provincia abrió el nuevo Centro Social y me ofrecí para trabajar allí y dejar mi trabajo en la Universidad. La nueva estructura en un centro que empezaba a funcionar como resultado del donativo de una casa a la Compañía, pero sin mucha preparación, no era tarea fácil. Como ocurre en otras empresas apostólicas, hubo falta de comunicación y mutuos prejuicios. El futuro de nuestra implicación apostólica, en concreto la labor en Japón y una estrecha colaboración con el JRS, junto con otros nuevos cometidos, trajo penosas tensiones entre los

tres jesuitas que trabajan a tiempo parcial allí y que vivían en la misma casa. Yo era de hecho el único jesuita que trabajaba a tiempo completo en el nuevo centro. Los primeros dos años fueron difíciles y críticos hasta que se dieron algunos cambios entre el personal jesuita.

Por otro lado, ya que la Universidad absorbía cada vez más los esfuerzos de todos, decidí poner punto final a todos mis compromisos en la Universidad para concentrarme en el desarrollo del Centro Social, como centro de la provincia, junto con dos laicos. Al hacerlo perdí mi status ante la sociedad japonesa como persona enlazada con la Universidad, pero gané mucho más en libertad al estar al lado de personas discriminadas.

Desde entonces, las prioridades apostólicas del Centro han sido:

- ° Fuertes conexiones en red con la Compañía sobre problemas relativos a asuntos del apostolado social especialmente en la región de Asia Oriental
- ° Devenir un canal con el Secretariado en Roma, traduciendo al japonés e introduciendo en nuestra provincia los principales documentos del Padre General y del Secretariado
- ° Promover el apostolado social a nivel provincial
- ° Afianzar nexos con ONG japonesas que trabajan para transformar la sociedad, poniéndose al lado de los débiles y de las víctimas de la opresión.

Nuestro centro está muy metido en los programas de desarrollo para las comunidades rurales pobres en Vietnam (15 años) y en Camboya (5 años).

La labor con trabajadores migrantes es una de nuestras prioridades y dedico parte de mi tiempo a actividades pastorales en una parroquia de la diócesis de Tokio, con ellos y, con voluntarios tratamos de buscar soluciones a los difíciles problemas con los que se enfrentan en Japón. Trabajadores de Brasil, Perú, Filipinas etc, constituyen más de la mitad de la población católica en Japón.

Como último punto a compartir con los lectores, me gustaría mencionar que me siento siempre plenamente satisfecho con mi vida y mi vocación jesuita. He tenido, como es normal, decepciones, malentendidos, noches oscuras, falta de apoyo, pero me encuentro a menudo con paz en el corazón y lleno de alegría. Tengo delante sin cesar nuevos retos. Un sentido

SALVACION CON UN ROSTRO

de impotencia es un fenómeno muy común, pero a menudo mi oración natural es: “Señor, ahora te toca a ti. Haz algo”.

Si tuviera que entrar en el noviciado de nuevo, elegiría el mismo estilo de vida, el mismo camino apostólico.